

## **Domingo XXVIII del Tiempo Ordinario (ciclo A)**

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA** ([www.bibliadenavarra.blogspot.com](http://www.bibliadenavarra.blogspot.com))
- **SAN JUAN CRISÓSTOMO** ([www.iveargentina.org](http://www.iveargentina.org))
- **FRANCISCO – Ángelus 2014 - Homilía en Santa Marta (6.IX.2013)**
- **BENEDICTO XVI – Homilía del 9 de octubre de 2011**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA** ([www.cantalamessa.org](http://www.cantalamessa.org))
- **FLUVIUM** ([www.fluvium.org](http://www.fluvium.org))
- **PALABRA Y VIDA** ([www.palabrayvida.com.ar](http://www.palabrayvida.com.ar))
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ** ([www.almudi.org](http://www.almudi.org))
  - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
  - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
  - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS** ([www.hablarcondios.org](http://www.hablarcondios.org))
- **Fr. Joseph A. PELLEGRINO (Florida, USA)** ([www.evangelinet.net](http://www.evangelinet.net))

\*\*\*

### **DEL MISAL MENSUAL**

#### **UN BANQUETE DE PUERTAS ABIERTAS**

**Is 25, 6-10; Flp 4, 12-14. 19-20; Mt 22, 1-14**

Pocos pasajes tan esperanzadores como el capítulo 25 de Isaías. Nadie quedará excluido de la fiesta de la victoria. Dios se conmueve profundamente ante el dolor y el llanto que lastima a sus criaturas. El mal con todo su abanico de desgracias no volverá a lastimarnos. Dios nos hará participar de su vida plena. En esa plenitud no habrá lugar para discriminación ni exclusión alguna. El banquete es para todos los pueblos, más allá de sus prácticas y creencias, Dios está decidido a acogerlos a todos. En esta perspectiva hemos de entender la parábola evangélica. La generosidad de Dios no puede ser desairada. Dios se ha decidido a ser padre de todos sus hijos, sin ponerles condiciones. El colofón de la parábola con el detalle del traje de fiesta refleja la postura de la gente mezquina e inconforme con un Dios manirroto que hace participar a todos de la plenitud de su vida.

**ANTÍFONA DE ENTRADA** Cfr. Sal 129, 3-4

*Si conservarás el recuerdo de nuestras faltas, Señor, ¿quién podría resistir? Pero tú, Dios de Israel, eres Dios de perdón.*

**ORACIÓN COLECTA**

Te pedimos, Señor, que tu gracia continuamente nos disponga y nos acompañe, de manera que estemos siempre dispuestos a obrar el bien. Por nuestro Señor Jesucristo...

## **LITURGIA DE LA PALABRA**

### **PRIMERA LECTURA**

*El Señor preparará un banquete y enjugará las lágrimas de todos los rostros.*

**Del libro del profeta Isaías: 25, 6-10**

En aquel día, el Señor del universo preparará sobre este monte un festín con platillos suculentos para todos los pueblos; un banquete con vinos exquisitos y manjares sustanciosos. Él arrancará en este monte el velo que cubre el rostro de todos los pueblos, el paño que oscurece a todas las naciones. Destruirá la muerte para siempre; el Señor Dios enjugará las lágrimas de todos los rostros y borraré de toda la tierra la afrenta de su pueblo. Así lo ha dicho el Señor.

En aquel día se dirá: “Aquí está nuestro Dios, de quien esperábamos que nos salvara. Alegrémonos y gocemos con la salvación que nos trae, porque la mano del Señor reposará en este monte”.

**Palabra de Dios.**

### **SALMO RESPONSORIAL**

*Del salmo 22, 1-3a. 3b-4.5, 6.*

***R/. Habitaré en la casa del Señor toda la vida.***

El Señor es mi pastor, nada me falta; en verdes praderas me hace reposar y hacia fuentes tranquilas me conduce para reparar mis fuerzas. ***R/.***

Por ser un Dios fiel a sus promesas, me guía por el sendero recto; así, aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú estás conmigo. Tu vara y tu cayado me dan seguridad. ***R/.***

Tú mismo me preparas la mesa, a despecho de mis adversarios; me unges la cabeza con perfume y llenas mi copa hasta los bordes. ***R/.***

Tu bondad y tu misericordia me acompañarán todos los días de mi vida; y viviré en la casa del Señor por años sin término. ***R/.***

### **SEGUNDA LECTURA**

*Todo lo puedo unido a aquel que me da fuerza.*

**De la carta del apóstol san Pablo a los filipenses: 4, 12 14. 19-20**

**Hermanos:** Yo sé lo que es vivir en pobreza y también lo que es tener de sobra. Estoy acostumbrado a todo: lo mismo a comer bien que a pasar hambre; lo mismo a la abundancia que a la escasez. Todo lo puedo unido a aquel que me da fuerza. Sin embargo, han hecho ustedes bien en socorrerme cuando me vi en dificultades.

Mi Dios, por su parte, con su infinita riqueza, remediará con esplendidez todas las necesidades de ustedes, por medio de Cristo Jesús. Gloria a Dios, nuestro Padre, por los siglos de los siglos. Amén.

**Palabra de Dios.**

**ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Cfr. Ef 1, 17-18**

**R/. Aleluya, aleluya.**

Que el Padre de nuestro Señor Jesucristo ilumine nuestras mentes, para que podamos comprender cuál es la esperanza que nos da su llamamiento. **R/.**

**EVANGELIO**

*Conviden al banquete de bodas a todos los que encuentren.*

**+Del santo Evangelio según san Mateo: 22, 1-14**

En aquel tiempo, volvió Jesús a hablar en parábolas a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo, diciendo: “El Reino de los cielos es semejante a un rey que preparó un banquete de bodas para su hijo. Mandó a sus criados que llamaran a los invitados, pero éstos no quisieron ir.

Envió de nuevo a otros criados que les dijeran: ‘Tengo preparado el banquete; he hecho matar mis terneras y los otros animales gordos; todo está listo. Vengan a la boda’. Pero los invitados no hicieron caso. Uno se fue a su campo, otro a su negocio y los demás se les echaron encima a los criados, los insultaron y los mataron.

Entonces el rey se llenó de cólera y mandó sus tropas, que dieron muerte a aquellos asesinos y prendieron fuego a la ciudad.

Luego les dijo a sus criados: ‘La boda está preparada; pero los que habían sido invitados no fueron dignos. Salgan, pues, a los cruces de los caminos y conviden al banquete de bodas a todos los que encuentren’. Los criados salieron a los caminos y reunieron a todos los que encontraron, malos y buenos, y la sala del banquete se llenó de convidados.

Cuando el rey entró a saludar a los convidados, vio entre ellos a un hombre que no iba vestido con traje de fiesta y le preguntó: ‘Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin traje de fiesta?’. Aquel hombre se quedó callado. Entonces el rey dijo a los criados: ‘Átenlo de pies y manos y arrójelo fuera, a las tinieblas. Allí será el llanto y la desesperación’. Porque muchos son los llamados y pocos los escogidos”.

**Palabra del Señor.**

**ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS**

Recibe, Señor, las súplicas de tus fieles junto con estas ofrendas que te presentamos, para que, lo que celebramos con devoción, nos lleve a alcanzar la gloria del cielo. Por Jesucristo, nuestro Señor.

**ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Cfr. Sal 33, 11**

*Los ricos se empobrecen y pasan hambre; los que buscan al Señor, no carecen de nada.*

**ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN**

Señor, suplicamos a tu majestad que así como nos nutres con el sagrado alimento del Cuerpo y de la Sangre de tu Hijo, nos hagas participar de la naturaleza divina. Por Jesucristo, nuestro Señor.

**UNA REFLEXIÓN PARA NUESTRO TIEMPO**

Estas parábolas de la misericordia no son cuentos de hadas, tampoco las podemos desechar como producto de la ingenuidad. Dios es el primero de todos los realistas. Nos conoce mejor de lo que nosotros conocemos a nuestros hijos. Sabe de nuestra fragilidad y miseria y ya ni siquiera le extraña. Nosotros, los padres de familia, estamos tan afectados por las limitaciones humanas que nos

desesperamos ante los conflictos y riñas de nuestros hijos y terminamos abollando nuestra credibilidad. Dios en cambio no se involucra, no cae en nuestras provocaciones, sino que se complace en perdonarnos porque sabe de nuestra fragilidad. Esta confianza plena en la misericordia de Dios no es en manera alguna un aliciente para abusar de su magnanimidad, sino una invitación a no perder la esperanza en nuestra reconciliación final.

---

**BIBLIA DE NAVARRA ([www.bibliadenavarra.blogspot.com](http://www.bibliadenavarra.blogspot.com))**

**El banquete del Señor (Is 25,6-10a)**

**1ª lectura**

El Señor ha preparado a todos los pueblos en el monte Sión un singular banquete, que describe con metáforas el reino mesiánico ofrecido a todas las naciones. Dios les hará partícipes de «manjares suculentos» y «vinos exquisitos». Así, se expresa de modo simbólico que el Señor hace partícipes a los hombres de alimentos divinos, que superan todo lo imaginable (vv. 6-8).

Estas palabras son una prefiguración del banquete eucarístico, instituido por Jesucristo en Jerusalén, en el que se entrega un alimento divino, el Cuerpo y la Sangre de nuestro Señor, que vigoriza el alma y es prenda de la vida futura: «La participación en la “cena del Señor” es anticipación del banquete escatológico por las “bodas del Cordero” (Ap 19,9). Al celebrar el memorial de Cristo, que resucitó y ascendió al cielo, la comunidad cristiana está a la espera de “la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo”» (Juan Pablo II, *Dies Domini*, n. 38). De ahí que los santos frecuentemente hayan exhortado a considerar esta realidad a la hora de recibir la Eucaristía: «Es para nosotros *prenda eterna*, de manera que ello nos asegura el Cielo; éstas son las arras que nos envía el cielo en garantía de que un día será nuestra morada; y, aún más, Jesucristo hará que nuestros cuerpos resuciten tanto más gloriosos, cuanto más frecuente y dignamente hayamos recibido el suyo en la Comunión» (S. Juan Bautista María Vianney, *Sermón sobre la Comunión*).

El versículo 8 es citado por San Pablo, al afirmar gozoso que la resurrección de Cristo ha supuesto la victoria definitiva sobre la muerte (1 Co 15,54-55), y por el *Apocalipsis*, al anunciar la salvación que traerá el Cordero muerto y resucitado: «Y enjugará toda lágrima de sus ojos; y no habrá ya muerte, ni llanto, ni lamento, ni dolor, porque todo lo anterior ya pasó» (Ap 21,4; cfr también Ap 7,17). La Iglesia evoca asimismo estas palabras en su oración por los difuntos, por quienes pide a Dios que los reciba en su Reino «donde esperamos gozar todos juntos de la plenitud eterna de tu gloria; allí enjugarás las lágrimas de nuestros ojos, porque, al contemplarte como Tú eres, Dios nuestro, seremos para siempre semejantes a Ti y cantaremos eternamente tus alabanzas» (Misal Romano, *Plegaria Eucarística III*)

**El beneficio de la limosna (Flp 4,12-14)**

**2ª lectura**

Las posibles dificultades que puedan presentarse en la vida no constituyen un obstáculo insalvable ni pueden ser ocasión de perder la paz. El cristiano cuenta con la fortaleza que Dios proporciona.

La generosidad de los filipenses emociona a San Pablo. No busca dádivas de los de Filipos, sino el fruto que a ellos mismos les reportarán sus limosnas: «No necesito, dice, ni busco nada necesario, sino que debéis usar únicamente de benevolencia, para que podáis recibir el fruto de vuestra benevolencia» (Mario Victorino, *In epistolam Pauli ad Philippenses* 4,17).

Como Dios es remunerador, resulta mucho más beneficiado quien da limosna que quien la recibe. Quien da recibirá la gloria eterna ganada por Cristo Jesús: «Que quien distribuye limosnas lo haga con despreocupación y alegría, ya que, cuanto menos se reserve para sí, mayor será la ganancia que obtendrá» (S. León Magno, *Sermo 10 de Quadragesima* 5).

### **Los invitados a las bodas (Mt 22,1-14)**

#### **Evangelio**

Esta parábola, muy semejante a otra que recoge San Lucas (cfr Lc 14,15-24), completa el significado de las dos que le preceden. Israel —representado por los primeros invitados— no sólo ha rechazado el banquete de Dios, su llamada a la salvación, sino que ha maltratado y matado a los siervos que le ha enviado su Señor. Por eso su destino es fatídico (v. 7). El rechazo de Israel lleva consigo una nueva iniciativa de Dios, que ahora llama a todos los hombres a la Iglesia, nuevo Pueblo de Dios. No obstante, como en las parábolas de la cizaña y de la red barredera (cfr 13,24-50), los que responden a la llamada son «malos y buenos» (v. 10), y no todos son dignos, porque no todos se han convertido, comprándose el traje de bodas.

Este episodio es así una llamada de alerta a quienes ya formamos la Iglesia: el fracaso de Israel (v. 7) señala el nuestro si no nos mostramos dignos de la elección (v. 13). «¿Qué debemos entender por el vestido de boda sino la caridad? De modo que entra a las bodas, pero no entra con vestido nupcial, quien, entrando en la Iglesia, tiene fe pero no tiene caridad» (S. Gregorio Magno, *Homiliae in Evangelia* 2,18,9).

---

### **SAN JUAN CRISÓSTOMO ([www.iveargentina.org](http://www.iveargentina.org))**

#### **El banquete de bodas del hijo del rey**

#### **Comparación de ésta y la anterior parábola**

Mirad en ésta y en la anterior parábola<sup>1</sup> la diferencia que va entre los siervos y el hijo. Mirad el grande parentesco que hay entre una y otra parábola, a par que su grande diferencia. Porque también ésta pone de manifiesto la gran longanimidad y providencia de Dios a par que la ingratitud de los judíos; pero contiene algo que no contiene la anterior. Porque ésta pronostica, la ruina de los judíos y la vocación de los gentiles; pero juntamente con eso nos muestra la necesidad de la perfección de la vida y cuán grande castigo espera a los negligentes. Y muy a propósito viene ésta después de aquélla. Porque como en la primera había dicho el Señor: *Será dada la viña a un pueblo que dé los frutos de ella*, aquí declara ya qué pueblo sea ése. Aunque no es eso sólo, sino que también aquí se da una prueba de providencia inefable para con los judíos. Porque allí se ve que los llama antes de la cruz; pero aquí insiste en su intento de atraérselos aun después de haber sido por ellos crucificado. Y cuando hubiera debido infligirles el más duro castigo, entonces es cuando justamente los llama y convida al banquete de bodas y los honra con el más alto honor. Y notad cómo allí, lo mismo que aquí, no son las naciones las que invita primero, sino los judíos. Allí, cuando no quisieron recibirle, antes bien le asesinaron, entonces es cuando entregó a otros la viña; y aquí, cuando ellos se negaron a asistir al banquete de bodas, entonces es cuando llamó a otros. Ahora bien, ¿puede haber ingratitud mayor que ser convidados a bodas y rechazar la invitación? Porque ¿quién no iría de buena gana a unas bodas, y bodas de un rey, y de un rey que apareja el banquete en honor de su hijo?

#### **Por qué se habla de bodas en esta parábola**

---

<sup>1</sup> Parábola de los viñadores homicidas (Mt 21, 33 ss.)

¿Y por qué—me dices—se habla aquí de bodas? —Para que nos demos cuenta de la solicitud de Dios, del amor que nos tiene, de la alegría de su llamamiento, pues nada hay aquí triste ni sombrío, sino que todo rebosa espiritual alegría. De ahí que Juan llame esposo a Cristo<sup>2</sup> y que Pablo mismo diga: *Os he desposado con un solo varón. Y: Este misterio es grande; pero yo hablo en relación a Cristo y a la Iglesia*<sup>3</sup>.

Entonces, ¿por qué no se dice que la esposa se desposa con el Padre mismo, sino con el Hijo? —Porque la que se desposa con el Hijo se desposa también con el Padre. La Escritura habla indiferentemente de eso, por la unidad de sustancia del Padre y del Hijo. Por aquí proclamó también el Señor su resurrección. Como antes había hablado de su muerte, ahora hace ver que después de la muerte habrá bodas y habrá esposo. Más ni por éstas se mejoraron ni ablandaron los judíos. ¿Puede darse maldad más grande? A la verdad, ésta, era su tercera culpa. La primera fue haber matado a los profetas; la segunda, al hijo; la tercera, que, después de haberlo matado, y cuando el mismo que mataron los llamó a sus bodas, no quisieron acudir. Y allá se fingen sus pretextos: unas yuntas de bueyes, sus mujeres, sus campos. Sin embargo, parecen pretextos razonables. Más de ahí hemos de aprender que, por necesarias que sean las cosas que nos retienen, a todo debe anteponerse lo espiritual. Y los llama no de repente, sino con mucho tiempo de anticipación. Porque: *Decid—dice—a los convidados. Y luego: Llamad a los convidados. Lo cual agrava la culpa de los judíos. —Y ¿cuándo fueron llamados? —Fueron llamados por los profetas todos, luego por Juan Bautista, pues éste remitía a Cristo a cuantos a él acudían, diciendo: Es menester que El crezca y yo mengüe*<sup>4</sup>.

Finalmente, por el mismo Hijo: *Venid a mí —dice— todos los que trabajáis y estáis cargados y yo os aliviare*<sup>5</sup>.

Y otra vez: *Si alguno tiene sed, que venga a mí y beba*<sup>6</sup>.

Y no los llamaba sólo con sus palabras, sino también con sus obras. En fin, después de su ascensión a los: cielos, los llamó por medio de Pedro y los otros apóstoles: *Porque el que dio eficacia a Pedro para el apostolado de la circuncisión —dice Pablo—, me la dio también a mí para las naciones*<sup>7</sup>.

Ya que al ver al Hijo se irritaron y lo mataron, los vuelve a llamar por medio de los criados. ¿Y para qué los llama? ¿Acaso para trabajos, fatigas y sudores? No, sino para placer, Porque: *Mis toros —dice— y los animales de cebo han sido sacrificados. ¡Qué espléndido banquete! ¡Qué magnificencia! Más ni esto los hizo entrar dentro de sí mismos. No. Cuanto mayor era la paciencia de Dios, más se endurecían ellos. Porque no es que no fueran al banquete por hallarse ocupados, sino porque eran negligentes. ¿Cómo es, pues, que unos alegan sus yuntas de bueyes, otros sus casamientos? No hay duda que son ocupaciones. ¡De ninguna manera! Porque, cuando lo espiritual nos llama, no hay ocupación alguna necesaria. A mi parecer si alegaron esos pretextos fue para echar un velo y tapadura a su propia pereza. Pero no fue sólo lo malo que no acudieron al banquete, sino que —y esto es mucho más grave y supone mayor locura— se apoderaron de los que fueron a invitarlos y los maltrataron y hasta les quitaron la vida. Esto es peor que lo primero. Los criados de la parábola de la viña vinieron a reclamar la renta y fueron degollados; éstos vienen a convidar a las bodas del mismo hijo, que había sido también muerto, y son también asesinados. ¿Cabe locura más*

---

<sup>2</sup> Jn 3, 29

<sup>3</sup> 2 Co 11, 2; Ef 5, 32

<sup>4</sup> Jn 3, 30

<sup>5</sup> Mt 11, 28

<sup>6</sup> Jn 7, 37

<sup>7</sup> Ga 2, 8

grande? Es lo que Pablo les recriminaba, diciendo: *Ellos que, después de haber muerto al Señor, y a sus propios profetas, nos persiguen también a nosotros*<sup>8</sup>.

Luego, porque no dijeran: “Es un contrario de Dios, y por eso no acudimos a la boda”, mira lo que dicen los invitantes: es el Padre quien apareja el banquete y Él mismo quien os convida. ¿Qué pasa, pues, después de esto? Ya que no sólo no habían querido aceptar la invitación, sino que mataron a quienes fueron a llevársela, el rey pegó fuego a las ciudades de ellos y, enviando sus ejércitos, los pasó a cuchillo. Con estas palabras les declara de antemano lo que había de suceder en tiempo de Vespasiano y Tito. Y como quiera que al no creerle a él ofendieron también al Padre, Él mismo es también quien toma venganza de ellos. Por esto justamente la toma de la ciudad no sucedió inmediatamente de haber dado la muerte a Cristo, sino cuarenta años más tarde —buena prueba de la longanimidad de Dios—, cuando ya habían asesinado a Esteban, pasado a cuchillo a Santiago y maltratado a los apóstoles, ¡Mirad la verdad y rapidez de los hechos! Porque todo sucedió cuando aún vivía Juan Evangelista y muchos de los que habían tratado a Cristo y los mismos que oyeron sus palabras fueron testigos de los hechos. Mirad, pues, la inefable bondad de Dios. Él plantó la viña, Él lo hizo y preparó cumplidamente todo. Asesinados sus criados, todavía envió otros. Pasados también éstos a cuchillo, envía a su propio Hijo. Asesinado también éste, todavía los llama a banquete de bodas, y ¡ellos no quisieron asistir! Luego les envía otros criados, y también a éstos matan. Sólo entonces, cuando se ve que su enfermedad es incurable, se decide a aniquilarlos. Porque que su enfermedad era incurable, no sólo lo demuestran esos hechos, sino el de que, habiendo creído las ramerías y los publicanos, ellos cometieron todos esos crímenes. De suerte que los judíos quedan condenados no sólo por los crímenes por ellos cometidos, sino también por las buenas obras que otros practican. Más si alguno objetara que los gentiles no fueron llamados cuando los apóstoles fueron azotados y sufrieron otras infinitas vejaciones, sino inmediatamente después de la ascensión, pues entonces les dijo el Señor: *Marchad y haced discípulos míos en todas las naciones*<sup>9</sup>, a ello podemos responder que no; tanto antes como después de la cruz, los judíos fueron los primeros a quienes Él habló. En efecto, antes de la cruz, les dice a sus discípulos: *Marchad a las ovejas perdidas de la casa de Israel*<sup>10</sup>.

Y después de la cruz, no sólo no les prohibió, sino que más bien les mandó que a ellos se dirigieran los primeros. Porque no dijo sólo: *Haced discípulos míos a todos los pueblos*, sino que, estando para subir al cielo, dio a entender que a los judíos hablarían primero. Porque: *Recibiréis* —les dice— *la fuerza del Espíritu, que vendrá sobre vosotros, y seréis testigos míos en Jerusalén y en toda la Judea y hasta lo último de la tierra*<sup>11</sup>.

Y Pablo a su vez: *El que dio eficacia a Pedro para el apostolado de la circuncisión, me la ha dado también a mí para las naciones*<sup>12</sup>.

De ahí que los apóstoles fueran ante todo a los judíos, y después de haber vivido mucho tiempo en Jerusalén, luego, expulsados por los mismos judíos, se dispersaron por las naciones.

### **“Id por los cruces de caminos”**

Más considerar también aquí la generosidad del Señor: *Cuantos hallareis* —dice— *llamadlos a las bodas*. Antes de esto, como he dicho, los apóstoles hablaban a par a judíos y gentiles,

---

<sup>8</sup> 1 Tes 2, 15

<sup>9</sup> Mt 28, 19

<sup>10</sup> Mt 10, 6

<sup>11</sup> Hch 1, 8

<sup>12</sup> Ga 2, 8

permaneciendo durante mucho tiempo en la Judea: más como se obstinaban en armarles asechanzas, escuchad cómo interpreta Pablo esta parábola, diciendo así: *A vosotros era menester ante todo hablaros la palabra de; pero ya que vosotros os habéis juzgado indignos a vosotros mismos, he aquí que nos volvemos a las naciones*<sup>13</sup>.

De ahí que diga aquí el Señor mismo: *El banquete de bodas está preparado, pero los convidados no eran dignos*. Ahora bien, eso lo sabía Él muy bien antes de que sucediera. Más para no dejarles pretexto alguno de desvergonzada contradicción, aun sabiéndolo, a ellos fue primero y a ellos envió sus criados. Con lo cual quería ciertamente taparles a ellos la boca; pero también enseñarnos a nosotros a cumplir lo que depende de nosotros, aun cuando nadie hubiere de sacar provecho alguno. Como quiera, pues, que no eran dignos: *Marchad —dice— a los cruces de caminos y llamad a cuantos hallareis*. A la gente cualquiera, a los más abyectos. Muchas veces había dicho el Señor que las ramerías y publicanos heredarían el reino de los cielos<sup>14</sup>, que los primeros serían los últimos, y los últimos los primeros<sup>15</sup> y ahora hace ver cuán justamente había de ser así. Y eso era lo que más que nada picaba a los judíos, eso había de escocerles más, y mucho más, que la misma ruina de su ciudad: ver que en lugar suyo entraban en el banquete los gentiles.

### La vestidura nupcial

Luego, porque tampoco éstos pongan su confianza en la sola fe, les habla también del juicio, que se hará sobre las malas obras, a fin de que quienes no habían aún creído, se acercaran a la fe, y los que ya creían pusieran todo cuidado en su vida.: Porque la vestidura de que habla la parábola, la vida y las obras quiere decir. Realmente, el llamamiento fue obra de la gracia. — ¿Cómo, pues, nos habla de perfección de vida? — Porque, sí, el ser llamados y purificados fue obra de la gracia; pero que el llamado y vestido de ropas limpias las conserve constantemente limpias, eso pertenece ya a su propia diligencia. Ciertamente, el ser llamado no fue por propio mérito, sino de gracia. Luego había que corresponder a la gracia con la obediencia, y no, después de tanto honor, cometer tamaña maldad. — Pero yo —me dices— no he recibido tantos beneficios como los judíos. — A la verdad, mayores los has recibido. Porque lo que durante tanto tiempo les fue preparado a ellos, tú lo has recibida de golpe, sin merecerlo. De ahí que dijera Pablo: *Más las naciones, que glorifican a Dios por, su misericordia*<sup>16</sup>.

Porque lo que a ellos les debía, tú lo has recibido. De ahí que es también muy grande el castigo reservado a quienes hubieren sido negligentes. Porque así como los judíos ofendieron a Dios por no haber acudido al banquete, así también tú por haberte sentado a la mesa con una vida corrompida. Porque haber estado con vestidos sucios, no otra cosa quiere decir sino salir de este mundo con vida impura. Por eso *enmudeció —dice el evangelista— el pobre convidado con ropa sucia*. Mirad cómo, aun siendo tan evidente el caso, el Señor no le castiga hasta que el mismo pecador no pronuncia su sentencia. En efecto, por el mismo hecho de no tener qué replicar, se condenó a sí mismo, y entonces es arrebatado para los suplicios inexplicables. Porque, oyendo hablar de tinieblas, no os imaginéis que se le castiga sólo mandándole a un lugar oscuro. En ese lugar hay también *llanto y crujiir de dientes*; palabras con que nos quiere dar a entender tormentos insoportables. Escuchad vosotros que, después de haber participado de los divinos misterios y asistido al banquete de bodas, vestís vuestra alma de sucias acciones. Escuchad de dónde fuisteis llamados: de un cruce de caminos. ¿Y qué erais entonces? Cojos y mutilados de alma, que es mucho peor que serlo de cuerpo. Respetad la benignidad

---

<sup>13</sup> Hch 13, 46

<sup>14</sup> Mt 21, 31

<sup>15</sup> Mt 19, 30

<sup>16</sup> Rm 15, 1



del que os ha llamado y nadie venga con vestidos sucios. Cuidemos diligentemente de la ropa de nuestra alma.

(Homilía 69, 1-2, BAC Madrid 1956 (II), p. 404-412)

\*\*\*

**SAN AGUSTÍN ([www.homiletica.com.ar](http://www.homiletica.com.ar))**

### **La vestidura nupcial**

¿Qué significa el traje de boda? Yo quiero que ninguno de cuantos en esta vida os llegáis a la mesa del Señor sea de los muchos que han de ser expulsados, sino de los pocos admitidos. ¿Cómo lograrlo? Vistiendo la vestidura nupcial. Explícanos, se nos dirá, eso de la vestidura nupcial. Ese vestido —no hay que dudarlo— es vestido que no tienen sino los buenos admitidos al festín de acá y reservados para el festín de allá, donde no ha de sentarse malo alguno. Estos, pues, que han de ser llevados por la gracia de Dios al segundo banquete, son los que poseen vestido nupcial.

Veamos, por tanto, hermanos míos, quiénes entre los fieles tienen algo que no tienen los malos, y ello será la vestidura de boda. Si dijéremos que los sacramentos, ya veis son comunes a buenos y malos. ¿Es el bautismo? Sin el bautismo, es verdad, nadie llega a Dios; más tampoco llegan todos los bautizados. No puedo entender, en consecuencia, por vestidura nupcial el bautismo, esto es, el sacramento en sí; traje que veo tanto en los buenos como en los malos. ¿Acaso el altar, o más bien lo que allí se recibe? Pero, según vemos, muchos de los que comen, se comen y beben su propia condenación. ¿Qué será? ¿El ayuno? También ayunan los malos. ¿Concurrir a la iglesia? También concurren los malos. ¿Hacer milagros, en fin? Pero no sólo hacen milagros los buenos, sino también los malos, y a veces los buenos no los hacen. Míralo en el pueblo antiguo; los hechiceros del faraón hacían milagros, y los israelitas no. Entre los israelitas los hacían Moisés y Aarón; los demás no los hacían; los veían, temblaban y creían. ¿Eran acaso, mejores por hacer milagros los magos del faraón que el pueblo de Israel, pueblo de Dios, aun sin hacerlos? En la Iglesia misma, oye al Apóstol: *¿Por ventura todos son profetas? ¿Tienen acaso todos los dones de curar? ¿Hablan todos lenguas?*

¿Qué cosa, por tanto, es la vestidura nupcial? Esta: *El fin del mandato*, dice el Apóstol, *es la caridad de un corazón puro, de una conciencia buena y de una fe sincera*. He ahí la vestidura nupcial. No es ella una caridad cualquiera, pues a las veces parecen amarse hombres cómplices de mala conciencia. Los que se aúnan para robar, los que se juntan para sus maleficios, los que van en tropel al Circo, los que al unísono aplauden a los cocheros y cazadores circenses, con frecuencia se aman; pero no está en ellos *la caridad del corazón puro, de la buena conciencia y de la fe no fingida*; y la vestidura nupcial es esta caridad.

Si, *hablando lenguas de hombres y de ángeles, no tengo caridad, soy, dice, como bronce que suena o címbalo que retiñe*. Si vinieran al festín las lenguas solas, se les diría; “¿Cómo habéis entrado aquí sin vestido nupcial?” *Si tuviere, dice, la profecía y supiere todos los misterios y toda la ciencia, y tuviera una fe tan grande que traslade los montes, si no tengo caridad, no soy nada*. Milagros son éstos a las veces de hombres sin traje de boda. Aunque tuviera yo todo eso, como no tenga también a Cristo..., *nada soy, dice*. ¿Es, por ende, nada la profecía? Luego la ciencia de los misterios, *¿nada es?* No es que sea ello nada; pero yo, si tengo eso y no tengo caridad, soy nada. ¡Cuántas cosas buenas no sirven de nada si falta una cosa buena! Si no tuviere caridad, aunque dé muchas limosnas a los pobres, aunque vaya por el nombre de Cristo hasta la efusión de la sangre, hasta el fuego, son cosas huera, que también pueden hacerse por vanagloria. Y como la vanagloria puede hacer estériles acciones que la divina caridad haría sobremanera fecundas, el Apóstol las nombra diciendo: *Si repartiere toda mi hacienda en beneficio de los pobres y entregare mi cuerpo al fuego, no teniendo caridad, de nada me*

*aprovecha...* He ahí la vestidura nupcial. Examinaos: si la tenéis, seguros estáis en el banquete del Señor. Dos cosas hay dentro del hombre: la caridad y la sensualidad. Nazca en ti la caridad si aún no ha nacido, y si ha nacido, cuídala y nútrela para que aumente. A la sensualidad no se la puede matar de raíz en esta vida, porque, *si dijéremos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y no está en nosotros la verdad*; pero, si la medida de nuestra sensualidad es la medida de nuestros pecados, hagamos crecer la caridad y mengüe la sensualidad; y así, en llegando que llegue la caridad a su perfección, la sensualidad habrá llegado a su extinción. Vestíos el traje de boda; os lo digo a los que aún no lo tenéis. Estáis ya en la sala del festín y os acercáis a la santa mesa, y aún no tenéis la vestidura que reclama el honor del Esposo; aún buscáis vuestros intereses, no los de Jesucristo. La vestidura nupcial tiene por finalidad honrar la unión conyugal; honra al esposo y a la esposa. El esposo es Cristo, ya lo sabéis; la esposa es la Iglesia; también la conocéis. Llevadla a honor de la desposada, honrad al que la desposa; si los festejáis bien, vosotros seréis los hijos. Ved, mies, en qué habéis de progresar: amad al Señor, y el amor divino os enseñará cómo habéis de amaros a vosotros mismos; y cuando por la senda del amor divino lleguéis al amor de vosotros mismos, podréis con toda seguridad amar al prójimo como a vosotros mismos. Porque, si hallo a un hombre que no se ama a sí mismo, ¿cómo he de permitirle amar al prójimo como a sí mismo? Pero ¿quién no se ama a sí mismo?, se dirá. Ahí le tienes: *Quien ama la iniquidad, aborrece su alma*. ¿Se ama a sí mismo quien ama su carne y aborrece su alma para mal del todo, es decir, del alma y del cuerpo? ¿Quién, pues, ama su alma? El que ama a Dios con todo su corazón y con toda su alma. A éste, a éste le permito amar al prójimo. Amad así a vuestros prójimos como a vosotros mismos.

(*Sermón 90, BAC Madrid 1964, VII, p. 434-49.*)

---

## FRANCISCO – Ángelus 2014 - Homilía en Santa Marta (6.IX.2013)

### Ángelus 2014

#### La bondad de Dios no tiene fronteras

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

En el Evangelio de este domingo, Jesús nos habla de la respuesta que se da a la invitación de Dios —representado por un rey— a participar en un banquete de bodas (cf. *Mt 22, 1-14*). La invitación tiene tres características: la *gratuidad*, la *generosidad*, la *universalidad*. Son muchos los invitados, pero sucede algo sorprendente: ninguno de los escogidos acepta participar en la fiesta, dicen que tienen otras cosas que hacer; es más, algunos muestran indiferencia, extrañeza, incluso fastidio. Dios es bueno con nosotros, nos ofrece gratuitamente su amistad, nos ofrece gratuitamente su alegría, su salvación, pero muchas veces no acogemos sus dones, ponemos en primer lugar nuestras preocupaciones materiales, nuestros intereses; e incluso cuando el Señor nos llama, muchas veces parece que nos da fastidio.

Algunos invitados maltratan y matan a los siervos que entregan las invitaciones. Pero, no obstante la falta de adhesión de los llamados, el proyecto de Dios no se interrumpe. Ante el rechazo de los primeros invitados Él no se desalienta, no suspende la fiesta, sino que vuelve a proponer la invitación extendiéndola más allá de todo límite razonable y manda a sus siervos a las plazas y a los cruces de caminos a reunir a todos los que encuentren. Se trata de gente común, pobres, abandonados y desheredados, incluso buenos y malos —también los malos son invitados— sin distinción. Y la sala se llena de «excluidos». El Evangelio, rechazado por alguno, encuentra acogida inesperada en muchos otros corazones.

La bondad de Dios no tiene fronteras y no discrimina a nadie: por eso el banquete de los dones del Señor es universal, para todos. A todos se les da la posibilidad de responder a su invitación, a su llamada; nadie tiene el derecho de sentirse privilegiado o exigir una exclusiva. Todo esto nos induce a vencer la costumbre de situarnos cómodamente en el centro, como hacían los jefes de los sacerdotes y los fariseos. Esto no se debe hacer; debemos abrirnos a las periferias, reconociendo que también quien está al margen, incluso ese que es rechazado y despreciado por la sociedad es objeto de la generosidad de Dios. Todos estamos llamados a no reducir el Reino de Dios a las fronteras de la «iglesita» —nuestra «pequeña iglesita»— sino a dilatar la Iglesia a las dimensiones del Reino de Dios. Solamente hay una condición: vestir el traje de bodas, es decir, testimoniar la caridad hacia Dios y el prójimo.

Encomendamos a la intercesión de María santísima los dramas y las esperanzas de muchos hermanos y hermanas nuestros, excluidos, débiles, rechazados, despreciados, también los que son perseguidos a causa de la fe, e invocamos su protección también sobre los trabajos del Sínodo de los obispos reunido en estos días en el Vaticano.

\*\*\*

### **Homilía en Santa Marta (6.IX.2013)**

#### **La gracia de la alegría**

Ser cristiano significa tener la alegría de pertenecer totalmente a Cristo, “único esposo de la Iglesia”, e ir al encuentro de Él igual que se va a una fiesta de bodas. Así que la alegría y la conciencia de la centralidad de Cristo son las dos actitudes que los cristianos deben cultivar en la cotidianidad. Lo recordó el Papa Francisco en la homilía de la misa que celebró el viernes 6 de septiembre.

El Pontífice explicó que Jesús se presenta como esposo. La Iglesia es la esposa. “El Señor dice que cuando está el esposo no se puede ayunar, no se puede estar triste. El Señor aquí hace ver la relación entre Él y la Iglesia como bodas”. De aquí “el motivo más profundo por el que la Iglesia custodia tanto el sacramento del matrimonio. Y lo llama sacramento grande porque es precisamente la imagen de la unión de Cristo con la Iglesia”. Así que, cuando se habla de bodas, “se habla de fiesta, se habla de alegría; y esto indica a nosotros, cristianos, una actitud”: cuando encuentra a Jesucristo y comienza a vivir según el Evangelio, el cristiano debe hacerlo con alegría.

Naturalmente, añadió el Pontífice, “hay momentos de cruz, momentos de dolor, pero está siempre ese sentido de paz profunda. ¿Por qué? La vida cristiana se vive como fiesta, como las bodas de Jesús con la Iglesia”. Y aquí el Santo Padre recordó cómo los primeros mártires cristianos afrontaban el martirio como si fueran a las bodas; también en aquel momento tenían el corazón alegre. Por lo tanto, la primera actitud del cristiano que encuentra a Jesús, repitió el Papa, es semejante a la de la Iglesia que se une como esposa a Jesús. “Y al final del mundo será la fiesta definitiva, cuando la nueva Jerusalén se vista como una esposa”.

Para explicar la segunda actitud, el Santo Padre recordó la parábola de las bodas del hijo del rey (Mt 22, 1-14; Lc 14, 16-24). “Algunos —evocó— estaban tan ocupados en los asuntos de la vida que no podían ir a esa fiesta. Y el Señor, el rey, dijo: id a los cruces de los caminos y traed a todos, los viajeros, los pobres, los enfermos, los leprosos y también los pecadores, traed a todos. Buenos y malos. Todos están invitados a la fiesta. Y la fiesta empezó. Pero después el rey vio a uno que no tenía vestido nupcial. Ciertamente, nos surge preguntarnos: “padre, ¿pero cómo!: ¿son traídos de los cruces de los caminos y después se pide vestido nupcial? ¿Qué significa esto?”. Es sencillísimo: Dios nos pide sólo una cosa para entrar en la fiesta, la totalidad”. El Papa Francisco aclaró: “El esposo es el

más importante; el esposo llena todo. Y esto nos lleva a la primera lectura (Col 1, 15-20), que nos habla fuertemente de la totalidad de Jesús. Primogénito de toda la creación, en Él fueron creadas todas las cosas y fueron creadas por medio de Él y en vista de Él; porque Él es el centro de todas las cosas. Él es también la cabeza del cuerpo que es la Iglesia. Él es principio. Dios le ha dado la plenitud, la totalidad para que en Él sean reconciliadas todas las cosas”.

Esta imagen permite entender –prosiguió el Santo Padre– que Él es “todo”, es “único”: es “el único esposo”. Y, por lo tanto, si la primera actitud del cristiano “es la fiesta, la segunda actitud es reconocerle como único. Y quien no le reconoce no tiene el vestido para ir a la fiesta, para ir a las bodas”. Si Jesús nos pide este reconocimiento es porque Él como esposo “es fiel, siempre fiel. Y nos pide la fidelidad”. No se puede servir a dos señores: “O se sirve al Señor –recordó el Papa– o se sirve al mundo”.

Así pues, es tal “la segunda actitud cristiana: reconocer a Jesús como el todo, como el centro, la totalidad”, aunque existirá siempre la tentación de rechazar esta “novedad del Evangelio, este vino nuevo”. Es necesario por ello acoger la novedad del Evangelio, porque “los odres viejos no pueden llevar el vino nuevo”. Jesús es el esposo de la Iglesia, que ama a la Iglesia y que da su vida por la Iglesia. Él organiza una gran “fiesta de bodas. Jesús nos pide la alegría de la fiesta. La alegría de ser cristianos”. Pero nos pide también ser totalmente suyos; sin embargo, si mantenemos actitudes o hacemos cosas que no se corresponden con este ser totalmente suyos, “no pasa nada: arrepintámonos, pidamos perdón y vayamos adelante” –concluyó–, sin cansarnos de “pedir la gracia de ser alegres”.

---

## **BENEDICTO XVI - Homilía del 9 de octubre de 2011**

### **El vestido de bodas es la caridad, el amor**

*¡Queridos hermanos y hermanas!*

(...)

La liturgia de este domingo nos propone una parábola que habla de un banquete de bodas al que muchos son invitados. La primera lectura, tomada del libro de Isaías, prepara este tema, porque habla del banquete de Dios. Es una imagen – la del banquete – usada a menudo en las Escrituras para indicar la alegría en la comunión y en la abundancia de los dones del Señor, y deja intuir algo de la fiesta de Dios con la humanidad, como describe Isaías: “El Señor de los ejércitos ofrecerá a todos los pueblos sobre esta montaña un banquete de manjares suculentos, un banquete de vinos añejados” (Is 25,6). El profeta añade que la intención de Dios es la de poner fin a la tristeza y a la vergüenza; quiere que todos los hombres vivan felices en el amor hacia Él y en la comunión recíproca; su proyecto entonces es el de eliminar la muerte para siempre, de enjugar las lágrimas de todos los rostros, de hacer desaparecer la condición deshonrosa de su pueblo, como hemos escuchado (vv. 7-8). Todo esto suscita profunda gratitud y esperanza: “Ahí está nuestro Dios, de quien esperábamos la salvación: es el Señor, en quien nosotros esperábamos; ¡alegrémonos y regocijémonos de su salvación!”(v. 9).

Jesús en el Evangelio nos habla de la respuesta que se da a la invitación de Dios – representado por un rey – a participar en este banquete suyo (cfr Mt 22,1-14). Los invitados son muchos, pero sucede algo inesperado: rehúsan participar en la fiesta, tienen otras cosas que hacer; al contrario, algunos muestran despreciar la invitación. Dios es generoso hacia nosotros, nos ofrece su amistad, sus dones, su alegría, pero a menudo nosotros no acogemos sus palabras, mostramos más interés por otras cosas, ponemos en primer lugar nuestras preocupaciones materiales, nuestros

intereses. La invitación del rey encuentra incluso reacciones hostiles, agresivas. Pero esto no frena su generosidad. Él no se desanima, y manda a sus siervos a invitar a muchas otras personas. El rechazo de los primeros invitados tiene como efecto la extensión de la invitación a todos, también a los más pobres, abandonados y desheredados. Los siervos reúnen a todos los que encuentran, y la sala se llena: la bondad del rey no tiene límites, y a todos se les da la posibilidad de responder a su llamada. Pero hay una condición para quedarse en este banquete de bodas: llevar el vestido de bodas. Y entrando en la sala, el rey advierte que uno no ha querido ponérselo y, por esta razón, es excluido de la fiesta. Quisiera detenerme un momento sobre este punto con una pregunta: ¿cómo es posible que este comensal haya aceptado la invitación del rey y, al entrar en la sala del banquete, se le ha abierto la puerta, pero no se ha puesto el vestido de bodas? ¿Qué es este vestido de bodas? En la Misa *in Coena Domini* de este año, hice referencia a un bello comentario de san Gregorio Magno a esta parábola. Él explica que ese comensal ha respondido a la invitación de Dios a participar en su banquete, tiene, en cierto modo, la fe que le ha abierto la puerta de la sala, pero le falta algo esencial: el vestido de bodas, que es la caridad, el amor. Y san Gregorio añade: “Cada uno de vosotros, por tanto, que en la Iglesia tiene fe en Dios ya ha tomado parte en el banquete de bodas, pero no puede decir que lleva vestido de bodas si no custodia la gracia de la Caridad” (Homilía 38,9: PL 76,1287). Y este vestido está tejido simbólicamente por dos leños, uno arriba y el otro abajo: el amor de Dios y el amor del prójimo (cfr *ibid.* 10: PL 76,1288). Todos nosotros somos invitados a ser comensales del Señor, a entrar con la fe en su banquete, pero debemos llevar y custodiar el vestido de bodas, la caridad, vivir un profundo amor a Dios y al prójimo.

¡Queridos hermanos y hermanas! He venido para compartir con vosotros las alegrías y esperanzas, las fatigas y empeños, los ideales y aspiraciones de esta comunidad diocesana. Sé que os habéis preparado a esta Visita con un intenso camino espiritual, adoptando como lema un versículo de los Hechos de los Apóstoles: “¡En el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y camina!”(3,6). Sé que tampoco en Lamezia Terme, como en toda la Calabria, faltan dificultades, problemas y preocupaciones. Si observamos esta bella región, reconocemos en ella una tierra sísmica no sólo desde el punto de vista geológico, sino también desde un punto de vista estructural, comportamental y social; es decir, una tierra donde los problemas se presentan de forma aguda y desestabilizadora; una tierra donde el desempleo es preocupante, donde una criminalidad a menudo atroz hiere el tejido social, una tierra en la que se tiene la continua sensación de estar en emergencia. A la emergencia, vosotros los calabreses habéis sabido responder con una preparación y una disponibilidad sorprendentes, con una extraordinaria capacidad de adaptación a los problemas. Estoy seguro de que sabréis superar las dificultades de hoy para preparar un futuro mejor. No cedáis nunca a la tentación del pesimismo y de cerraros en vosotros mismos. Recurrir a los recursos de vuestra fe y de vuestras capacidades humanas; esforzaos en crecer en la capacidad de colaborar, de cuidar del otro y de todo bien público, custodiad el vestido de bodas del amor; perseverad en el testimonio de los valores humanos y cristianos tan profundamente arraigados en la fe y en la historia de este territorio y de su población.

¡Queridos amigos! Mi visita se coloca casi al final del camino emprendido por esta Iglesia local con la redacción del proyecto pastoral quinquenal. Deseo dar gracias con vosotros al Señor por el provechoso camino recorrido y por tantas semillas de bien sembradas, que permiten esperar bien para el futuro. Para afrontar la nueva realidad social y religiosa, distinta del pasado, quizás más llena de dificultades, pero también más rica en potencialidades, es necesario un trabajo pastoral moderno y orgánico que comprometa en torno al obispo a todas las fuerzas cristianas: sacerdotes, religiosos y laicos, animados por el compromiso común de evangelización. Al respecto, he sabido con favor del esfuerzo actual por ponerse a la escucha atenta y perseverante de la Palabra de Dios, a través de la

promoción de encuentros mensuales en diversos centros de la Diócesis y la difusión de la práctica de la *Lectio divina*. También oportuna es la Escuela de Doctrina Social de la Iglesia, tanto por la calidad articulada de la propuesta como por su divulgación capilar. Auguro vivamente que de estas iniciativas brote una nueva generación de hombres y mujeres capaces de promover no tanto intereses parciales, sino el bien común. Deseo también alentar y bendecir los esfuerzos de cuantos, sacerdotes y laicos, están comprometidos en la formación de las parejas cristianas al matrimonio y a la familia, con el fin de dar una respuesta evangélica y competente a los muchos retos contemporáneos en el campo de la familia y de la vida.

Conozco, además, el celo y la dedicación con que los sacerdotes llevan a cabo su servicio pastoral, como también el trabajo de formación sistemático e incisivo dirigido a ellos, en particular hacia los más jóvenes. Queridos sacerdotes, os exhorto a arraigar cada vez más vuestra vida espiritual en el Evangelio, cultivando la vida interior, una intensa relación con Dios y alejándoos con decisión de una cierta mentalidad consumista y mundana, que es una tentación constante en la realidad en que vivimos. Aprender a crecer en la comunión entre vosotros y con el obispo, entre vosotros y los fieles laicos, favoreciendo la estimación y la colaboración recíprocas: de ello vendrán sin duda múltiples beneficios tanto para la vida de las parroquias como para la misma vida social. Sabed valorar, con discernimiento, según los conocidos criterios de eclesialidad, los grupos y movimientos: estos deben integrarse bien dentro de la pastoral ordinaria de la diócesis y de las parroquias, en un profundo espíritu de comunión.

A vosotros, fieles laicos, jóvenes y familias, os digo: ¡no tengáis miedo de vivir y dar testimonio de la fe en los distintos ámbitos de la sociedad, en las múltiples situaciones de la existencia humana! Tenéis todos los motivos para mostraros fuertes, confiados y valientes, y esto gracias a la fe y a la fuerza de la caridad. Y cuando encontréis la oposición del mundo, haced vuestras las palabras del Apóstol: “Todo lo puedo en aquel que me conforta” (Fil 4,13). Así como se comportaron los santos y las santas, florecidos, en el transcurso de los siglos, en toda la Calabria. Que ellos os custodien siempre unidos y alimenten en cada uno el deseo de proclamar, con las palabras y con las obras, la presencia y el amor de Cristo. Que la Madre de Dios, tan venerada por vosotros, os asista y os conduzca al profundo conocimiento de su Hijo. ¡Amén!

---

## **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**

### **CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA**

#### **Jesús invita a los pecadores, pero pide la conversión**

##### **El anuncio del Reino de Dios**

**543.** Todos los hombres están llamados a entrar en el Reino. Anunciado en primer lugar a los hijos de Israel (cf. Mt 10, 5-7), este reino mesiánico está destinado a acoger a los hombres de todas las naciones (cf. Mt 8, 11; 28, 19). Para entrar en él, es necesario acoger la palabra de Jesús:

*La palabra de Dios se compara a una semilla sembrada en el campo: los que escuchan con fe y se unen al pequeño rebaño de Cristo han acogido el Reino; después la semilla, por sí misma, germina y crece hasta el tiempo de la siega (LG 5).*

**544.** El Reino pertenece a los pobres y a los pequeños, es decir a los que lo acogen con un corazón humilde. Jesús fue enviado para “anunciar la Buena Nueva a los pobres” (Lc 4, 18; cf. 7, 22). Los

declara bienaventurados porque de “ellos es el Reino de los cielos” (Mt 5, 3); a los “pequeños” es a quienes el Padre se ha dignado revelar las cosas que ha ocultado a los sabios y prudentes (cf. Mt 11, 25). Jesús, desde el pesebre hasta la cruz comparte la vida de los pobres; conoce el hambre (cf. Mc 2, 23-26; Mt 21,18), la sed (cf. Jn 4,6-7; 19,28) y la privación (cf. Lc 9, 58). Aún más: se identifica con los pobres de todas clases y hace del amor activo hacia ellos la condición para entrar en su Reino (cf. Mt 25, 31-46).

**545.** Jesús invita a los pecadores al banquete del Reino: “No he venido a llamar a justos sino a pecadores” (Mc 2, 17; cf. 1 Tim 1, 15). Les invita a la conversión, sin la cual no se puede entrar en el Reino, pero les muestra de palabra y con hechos la misericordia sin límites de su Padre hacia ellos (cf. Lc 15, 11-32) y la inmensa “alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta” (Lc 15, 7). La prueba suprema de este amor será el sacrificio de su propia vida “para remisión de los pecados” (Mt 26, 28).

**546.** Jesús llama a entrar en el Reino a través de las parábolas, rasgo típico de su enseñanza (cf. Mc 4, 33-34). Por medio de ellas invita al banquete del Reino (cf. Mt 22, 1-14), pero exige también una elección radical para alcanzar el Reino, es necesario darlo todo (cf. Mt 13, 44-45); las palabras no bastan, hacen falta obras (cf. Mt 21, 28-32). Las parábolas son como un espejo para el hombre: ¿acoge la palabra como un suelo duro o como una buena tierra (cf. Mt 13, 3-9)? ¿Qué hace con los talentos recibidos (cf. Mt 25, 14-30)? Jesús y la presencia del Reino en este mundo están secretamente en el corazón de las parábolas. Es preciso entrar en el Reino, es decir, hacerse discípulo de Cristo para “conocer los Misterios del Reino de los cielos” (Mt 13, 11). Para los que están “fuera” (Mc 4, 11), la enseñanza de las parábolas es algo enigmático (cf. Mt 13, 10-15).

### **La Eucaristía es la prueba del banquete mesiánico**

## **VII LA EUCARISTIA, “PIGNUS FUTURAE GLORIAE”**

**1402.** En una antigua oración, la Iglesia aclama el misterio de la Eucaristía: “O sacrum convivium in quo Christus sumitur. Recolitur memoria passionis eius; mens impletur gratia et futurae gloriae nobis pignus datur” (“¡Oh sagrado banquete, en que Cristo es nuestra comida; se celebra el memorial de su pasión; el alma se llena de gracia, y se nos da la prenda de la gloria futura!”). Si la Eucaristía es el memorial de la Pascua del Señor y si por nuestra comunión en el altar somos colmados “de toda bendición celestial y gracia” (MR, Canon Romano 96: “Supplices te rogamus”), la Eucaristía es también la anticipación de la gloria celestial.

**1403.** En la última cena, el Señor mismo atrajo la atención de sus discípulos hacia el cumplimiento de la Pascua en el reino de Dios: “Y os digo que desde ahora no beberé de este fruto de la vid hasta el día en que lo beba con vosotros, de nuevo, en el Reino de mi Padre” (Mt 26,29; cf. Lc 22,18; Mc 14,25). Cada vez que la Iglesia celebra la Eucaristía recuerda esta promesa y su mirada se dirige hacia “el que viene” (Ap 1,4). En su oración, implora su venida: “Maran atha” (1 Co 16,22), “Ven, Señor Jesús” (Ap 22,20), “que tu gracia venga y que este mundo pase” (Didaché 10,6).

**1404.** La Iglesia sabe que, ya ahora, el Señor viene en su Eucaristía y que está ahí en medio de nosotros. Sin embargo, esta presencia está velada. Por eso celebramos la Eucaristía “expectantes beatam spem et adventum Salvatoris nostri Jesu Christi” (“Mientras esperamos la gloriosa venida de Nuestro Salvador Jesucristo”, Embolismo después del Padre Nuestro; cf Tt 2,13), pidiendo entrar “en tu reino, donde esperamos gozar todos juntos de la plenitud eterna de tu gloria; allí enjugarás las lágrimas de nuestros ojos, porque, al contemplarte como tú eres, Dios nuestro, seremos para siempre semejantes a ti y cantaremos eternamente tus alabanzas, por Cristo, Señor Nuestro” (MR, Plegaria Eucarística 3, 128: oración por los difuntos).

**1405.** De esta gran esperanza, la de los cielos nuevos y la tierra nueva en los que habitará la justicia (cf 2 P 3,13), no tenemos prenda más segura, signo más manifiesto que la Eucaristía. En efecto, cada vez que se celebra este misterio, “se realiza la obra de nuestra redención” (LG 3) y “partimos un mismo pan que es remedio de inmortalidad, antídoto para no morir, sino para vivir en Jesucristo para siempre” (S. Ignacio de Antioquía, Eph 20,2).

**2837.** “De cada día”. La palabra griega, “epiousios”, no tiene otro sentido en el Nuevo Testamento. Tomada en un sentido temporal, es una repetición pedagógica de “hoy” (cf Ex 16, 19-21) para confirmarnos en una confianza “sin reserva”. Tomada en un sentido cualitativo, significa lo necesario a la vida, y más ampliamente cualquier bien suficiente para la subsistencia (cf 1 Tm 6, 8). Tomada al pie de la letra [epiousios: “lo más esencial”], designa directamente el Pan de Vida, el Cuerpo de Cristo, “remedio de inmortalidad” (San Ignacio de Antioquía) sin el cual no tenemos la Vida en nosotros (cf Jn 6, 53-56) Finalmente, ligado a lo que precede, el sentido celestial es claro: este “día” es el del Señor, el del Festín del Reino, anticipado en la Eucaristía, en que pregustamos el Reino venidero. Por eso conviene que la liturgia eucarística se celebre “cada día”.

*La Eucaristía es nuestro pan cotidiano. La virtud propia de este divino alimento es una fuerza de unión: nos une al Cuerpo del Salvador y hace de nosotros sus miembros para que vengamos a ser lo que recibimos... Este pan cotidiano se encuentra, además, en las lecturas que oís cada día en la Iglesia, en los himnos que se cantan y que vosotros cantáis. Todo eso es necesario en nuestra peregrinación* (San Agustín, serm. 57, 7, 7).

*El Padre del cielo nos exhorta a pedir como hijos del cielo el Pan del cielo (cf Jn 6, 51). Cristo “mismo es el pan que, sembrado en la Virgen, florecido en la Carne, amasado en la Pasión, cocido en el Horno del sepulcro, reservado en la Iglesia, llevado a los altares, suministra cada día a los fieles un alimento celestial”* (San Pedro Crisólogo, serm. 71)

---

**RANIERO CANTALAMESSA ([www.cantalamessa.org](http://www.cantalamessa.org))**

### **He comprado un campo y no puedo ir**

El Evangelio de este Domingo es la parábola del rey, que da un banquete de bodas y, llegado el momento, envía a llamar a los invitados. Ante su rechazo, se indigna; decide sustituir a los invitados de primera hora con otros diciendo: «La boda está preparada, pero los convidados no se la merecían. Id ahora a los cruces de los caminos, y a todos los que encontréis, convidadlos a la boda».

También esta parábola, como muchas otras con las que ya nos hemos encontrado, ante todo, tiene una aplicación histórica precisa. Los invitados de derecho eran los hebreos, que habían esperado durante siglos la venida del reino mesiánico (el banquete nupcial), mientras que los invitados hallados en el cruce de caminos son los excluidos en un tiempo (publicanos, pecadores) y, sobre todo, los convertidos del paganismo. Son los que presenta el Evangelio en otro lugar como los trabajadores de la última hora.

Pero, dejemos aparte, esta vez, el sentido histórico inmediato de la parábola e intentemos buscar su fundamento o núcleo perennemente actual.

Yo quisiera centrar la atención en los motivos, por los que los primeros invitados rechazaron venir al banquete. Mateo dice que «no hicieron caso» de la invitación y «uno se marchó a sus tierras, otro a sus negocios». Aquí se ve la utilidad de la sinopsis evangélica, de la que ya hemos hablado en una ocasión, esto es, la utilidad de leer los tres Evangelios uno junto al otro, integrándolos uno con



otro. El Evangelio de Lucas, en efecto, da más detalles sobre este punto y las motivaciones del rechazo las presenta así:

«Todos a una empezaron a excusarse. El primero le dijo: “He comprado un campo y tengo que ir a verlo; te ruego me dispenses”, y otro dijo: “He comprado cinco yuntas de bueyes y vaya probadas; te ruego me dispenses”. Otro dijo: “Me acabo de casar, y por eso no puedo ir”» (Lucas 14, 18-20).

¿Qué tienen en común estos personajes? Todos los tres tienen algo urgente que hacer, algo que no puede esperar, que reclama de inmediato su presencia. ¿Y qué representa, por el contrario, el banquete nupcial? Indica los bienes mesiánicos, la participación en la salvación aportada por Cristo; por lo tanto, la posibilidad de vivir para siempre. El banquete representa en consecuencia lo más importante en la vida; es más, la única cosa importante, porque «¿de qué le servirá al hombre ganar el mundo entero, si arruina su vida?» (Mateo 16,26).

Es claro, entonces, en qué consiste el error cometido por los invitados; consiste en ¿dejar lo importante por lo urgente, lo esencial por lo contingente! Ahora bien, esto es un riesgo tan difundido y tan desleal (no sólo, lo veremos en el plano religioso sino también en el puramente humano) que vale la pena reflexionar un poco sobre ello.

Antes que nada, precisamente, en el plano religioso. Dejar lo importante por lo urgente en el plano espiritual significa dejar continuamente para más tarde el cumplimiento de los deberes religiosos, porque cada vez se nos presenta algo urgente que hacer. Es domingo y es hora de ir a Misa; pero, hay que hacer aquella visita, aquel pequeño trabajo en el jardín, la comida que hay que preparar... La Misa puede esperar, la comida no; entonces, se deja la Misa para otra ocasión y nos situamos junto a los utensilios de cocina.

Para otros, esto sucede cuando tiene lugar la oración. Oyen que debieran dedicar con calma un tiempo a la oración; pero, se acuerdan que está aquella cosa que preparar, aquella telefoneada que hacer y, así, la envían o la posponen para otro tiempo. La desgracia es que de cosas urgentes a hacer o supuestamente tales tenemos siempre a docenas y así terminamos sistemáticamente por remitir para otro tiempo el cumplimiento de los deberes espirituales a fin de dedicarnos a las preocupaciones materiales.

El Evangelio nos ofrece al respecto un hermoso ejemplo. Un día, Jesús hizo visita a sus amigos de Betania. María entiende de inmediato qué es lo más importante a hacer: estar con Jesús, escucharle, hacerle compañía, no desaprovechar una ocasión tan preciosa. Marta, por el contrario, «estaba atareada en muchos quehaceres» (Lucas 10,40) de la casa y, es más, hasta se lamenta que la hermana la ha dejado sola. Conozcamos la respuesta de Cristo:

«Marta, Marta, te preocupas y te agitas por muchas cosas; y hay necesidad de pocas, o mejor, de una sola. María ha elegido la mejor parte, que no le será quitada» (Lucas 10, 41-42).

Una sola es la cosa absolutamente importante y necesaria en la vida: ganarse a Dios y con él la vida eterna; dejar esto por pequeñas cosas, aun cuanto urgentes que sean, es una estupidez y fallar totalmente. En la vida se puede fallar de muchos modos: como marido o como mujer, como padre o como madre, como hombre de negocios, como artista... Pero, todos son fallos relativos. Uno puede haber fallado en todos estos campos y ser una persona muy digna de estima. Ha habido santos que en la vida fueron un fallo continuo o único. No así cuando se pierde a Dios. Aquí, el fallo es radical, sin apelación. Es un fallar en el fin mismo, por el que se está en el mundo.

Kierkegaard, que, además de ser uno de los más grandes filósofos de la historia, era asimismo un gran creyente, decía: «Existen ciertamente penas y desgracias terribles en este mundo, vidas destrozadas del todo. Yo mismo he conocido de cerca distintos casos. Pero, verdaderamente destrozada es sólo la vida de quien la deja pasar, engañado por las alegrías de acá abajo y corriendo detrás o bien de ésta o bien de aquella preocupación. Sin jamás darse cuenta que existe un Dios y que él, precisamente él, está delante de este Dios. Me parece poder llorar durante una eternidad ante el pensamiento de que existe en el mundo esta miseria».

Ya que se dan, quiero citar otra frase de este filósofo. A propósito de remitir sistemáticamente para más tarde el deber de las buenas resoluciones, él presenta el caso de un hombre que tiene la pasión del juego. La conciencia le da a entender que debe dejarlo, que se está arruinando a sí mismo y a su familia. Entonces, él, convencido, ¿qué hace? Se detiene y con aire compungido declara solemnemente: «¡Hago voto solemne y sagrado de no jugar ya nunca más en mi vida, nunca más, nunca más! Esta tarde, Señor, será la última vez».

¡Es claro que no ha sistematizado absolutamente nada! A este paso continuará a jugar toda la vida, diciéndose a sí mismo cada vez: «¡Esta tarde será la última, esta tarde será la última vez!» Lo que se dice sobre el vicio del juego, vale asimismo para cualquier otro vicio. «¡Hago voto solemne y sagrado de no beber más, de no drogarme más, de no ver más espectáculos pornográficos... Esta será la última vez!» No hemos cambiado absolutamente nada. Digamos, en todo caso, lo contrario: «Si precisamente no puedo vivir sin jugar, sin drogarme o sin beber, pues, bien: lo haré durante todo el resto de mi vida. Pero, ¡esta tarde, no!»

He dicho que el peligro de dejar para más tarde lo importante por lo urgente está presente igualmente en el ámbito humano, en la vida de todos los días, y quisiera, antes de terminar, apuntar algo también sobre esto. Para un hombre es ciertamente muy importante dedicar tiempo a la familia, a estar con los hijos, a dialogar con ellos si son ya mayores, a jugar si son pequeños. Pero, he aquí que en el último momento se presentan siempre cosas urgentes que liquidar en la oficina, cosas extraordinarias que hacer en el trabajo, y se deja esto para más tarde, para otra vez, terminando por volver a casa demasiado tarde y demasiado cansados para pensar en lo otro.

Para un hombre o para una mujer es muy importante ir de vez en cuando a visitar al anciano padre, que vive solo en casa o en cualquier hospicio o residencia. Para cualquiera es muy importante visitar a un conocido enfermo a fin de mostrarle el propio apoyo y hacerle quizás algún servicio práctico. Pero, no es urgente; si se deja para más tarde aparentemente no se hunde el mundo, posiblemente nadie se dará cuenta. Y, así, se deja.

La misma cosa se realiza también con el cuidado de la propia salud, que está también entre las cosas importantes. El médico o simplemente tu fisioterapeuta te advierten que debes cuidarte, debes tomarte un período de reposo, evitar aquel tipo de estrés... Tú respondes: «Sí, sí, lo haré sin más, apenas haya terminado aquel trabajo; cuando ya habré arreglado la casa; cuando haya pagado todas las deudas...» Hasta que uno se da cuenta que es demasiado tarde. He ahí dónde está la asechanza o peligro: se pasa la vida para recorrer las mil pequeñas cuestiones a solucionar y no se encuentra nunca tiempo para las cosas, que en verdad inciden en las relaciones humanas y pueden dar en la vida la verdadera alegría (y, abandonar la verdadera tristeza).

Así, vemos cómo el Evangelio es también, indirectamente, una escuela de vida; nos enseña a establecer las prioridades, a tender hacia lo esencial. En una palabra, a no perder lo importante por lo urgente, como sucedió con los invitados de nuestra parábola. Pero, no puedo callar una última aplicación. El banquete del que habla la parábola se renueva cada Domingo en la Iglesia. Es el

banquete eucarístico. Intentemos no ser de los que han tomado mujer y por ello...; han comprado cinco yuntas de bueyes (o un nuevo coche) y por ello...; deben ir al estadio o han ido a la cama tarde y por ello...

---

**FLUVIUM ([www.fluvium.org](http://www.fluvium.org))**

**A su servicio**

De ciertos acontecimientos se dice: “Esto es viejo como el Evangelio y, como el Evangelio, nuevo”. La parábola que nos recuerda la Iglesia en este domingo podría parecer que se refiere a un suceso si acaso de otro tiempo; y es posible que a más de uno le parezca una exageración fantástica todo el relato considerado en conjunto. Pero no olvidemos que procede de la Sabiduría divina que habla a los hombres de todos los tiempos. Así lo recuerda san Pablo a Timoteo: **Toda Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para argüir, para corregir y para educar en la justicia.**

Llama la atención que a los convidados no se les consiente declinar la invitación. Se trata, por el contrario, de un obsequio óptimo, gratuitamente recibido. Pero no sucede en este caso, como suele ocurrir a menudo, que depende de la voluntad de quien lo recibe decidir si es oportuno aceptarlo o no. Aquellos invitados no deben rechazar la invitación, no están facultados para negarse en este caso: era su rey quien invitaba y a su rey, por tanto, a quien rechazaban. No se trataba, en definitiva, de una sugerencia más de un compañero de tantos que se pudiera considerar de relativa importancia frente a la propia opinión. De ser así el invitado podría en verdad tener derecho a valorar poco la sugerencia del otro frente a sus ocupaciones, pero con el rey no.

El rey es verdadero rey, señor absoluto, no únicamente el primero entre los iguales. Es de una clase superior. De suyo, por naturaleza, estará siempre sobre los súbditos. Estos, por su parte, siendo súbditos y servidores del rey, y estándole sometidos, a su vez dominan sobre otras criaturas por naturaleza inferiores a ellos. A su medida son señores que dominan, aunque también estén sometidos. Asimismo, el hijo del rey, de estirpe real, merece todo el honor de los súbditos.

No es éste el momento de razonar acerca del porqué de esta realidad inapelable y evidente. Nos basta reconocer con sencillez que así es la existencia; como lo reconocía aquel centurión que aparece en el Evangelio, según nos cuenta también san Mateo: **Al entrar en Cafarnaúm se le acercó un centurión y, rogándole, dijo: Señor, mi criado yace parálítico en casa con dolores muy fuertes. Jesús le dijo: Yo iré y lo curaré. Pero el centurión le respondió: Señor, no soy digno de que entres en mi casa; basta que lo mandes de palabra y mi criado quedará sano. Pues yo, que soy un hombre subalterno con soldados a mis órdenes, digo a uno: ve, y va; y a otro: ven, y viene; y a mí siervo: haz esto, y lo hace. Al oírlo Jesús se admiró, y dijo a los que le seguían: En verdad os digo que en nadie de Israel he encontrado una fe tan grande.**

Fe grande, sí, y sentido común para aceptar la vida como es; para reconocer que pudiendo dominar, por ser centurión, sobre algunos, a su vez no era él el señor absoluto: había quien, estando sobre él, le mandaba con todo derecho. Y así como sus siervos y soldados le estaban sometidos, en cuanto centurión, él estaba sometido a su vez, en este caso y en última instancia, al emperador romano.

El libro del Génesis, explicando el origen del mundo y la vida da razón de esta realidad: **Dios hizo los animales salvajes según su especie, los ganados según su especie y todos los reptiles del campo según su especie. Y vio Dios que era bueno. Dijo Dios:**

—Hagamos al hombre a nuestra imagen, según nuestra semejanza. Que domine sobre los peces del mar, las aves del cielo, los ganados, sobre todos los animales salvajes y todos los reptiles que reptan por la tierra. Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y mujer los creó. Y los bendijo Dios, y les dijo:

—Creced, multiplicaos, llenad la tierra y sometedla; dominad sobre los peces del mar, las aves del cielo y todos los animales que reptan por la tierra. Y dijo Dios:

—He aquí que os he dado todas las plantas portadoras de semilla que hay en toda la superficie de la tierra, y todos los árboles que den fruto con semilla; esto os servirá de alimento. A todas las fieras, a todas las aves del cielo y a todos los reptiles de la tierra, a todo ser vivo, la hierba verde le servirá de alimento.

Demos gracias a Dios como Santa María para que podamos gozarnos de tener este Rey y poder servirle confiadamente. Y pidámosle la docilidad y fortaleza que necesitemos cada uno para cumplir su voluntad, para contemplarle sobre nosotros como Padre amoroso y a la vez como Señor.

---

**PALABRA Y VIDA ([www.palabayvida.com.ar](http://www.palabayvida.com.ar))**

*Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin traje de fiesta?*

Un gran anuncio de esperanza y de alegría recorre de un extremo al otro la palabra de Dios de esta Misa: es un mensaje de consuelo de Dios a su pueblo. Isaías dice Dios quitará el velo de luto, hará desaparecer la muerte, secará todas las lágrimas.

La historia y la literatura de todos los pueblos está llena, para decir la verdad, de estos plumazos de esperanza que impulsan —especialmente en momentos de grandes calamidades— a imaginar un futuro maravilloso, una especie de retorno a la mítica edad de oro. Por otra parte, también hoy la humanidad se ve acosada por una ideología que la empuja a mirar hacia adelante y poner toda su esperanza en un futuro donde se realizará la plena liberación y el hombre será por fin lo que nunca fue, es decir, él mismo.

¿Qué es lo que distingue las promesas del profeta bíblico de aquellas análogas de los poetas o de los profetas de la utopía? El hecho es que, a diferencia de éstas últimas, las promesas de Dios toman cuerpo en torno a un evento preciso del futuro, se basan en un compromiso y una promesa de Dios: Yahvé preparará un día una gran fiesta para todos los pueblos. Por el momento, la promesa permanece vaga y los hombres no saben qué es esa fiesta que Dios está preparando.

Pero he aquí que, al pasar a la lección evangélica, escuchamos estas palabras de Jesús: el reino de los cielos es como un rey hace una fiesta de bodas para el hijo y manda llamar a los invitados: primero, a algunos invitados designados, más tarde, después del rechazo de éstos, a todos los hombres. El reino de los cielos es la fiesta de bodas; Jesús es el esposo; Dios Padre, el rey de la parábola, el autor y el origen de todo el proyecto.

Todas las promesas de Dios encontraron su cumplimiento con la venida de Jesucristo. Él, dirá san Pablo, es el “sí” de Dios a todas sus promesas (cfr. 2 Cor 1, 19-20). Él es el “Amén” por excelencia (Apoc 3, 14). El reino de los cielos que él llevó a la tierra es, al mismo tiempo, la gran sala en la cual se celebra la fiesta y la fiesta misma: es la Iglesia y es la redención en ella preparada.

¿Por qué se lo llama fiesta de bodas? Porque la fiesta nupcial es signo por excelencia de alegría y la gran redención operada por Cristo es la gran alegría para todo el pueblo. Fiesta de bodas, sobre todo, porque Jesucristo vino al mundo para unirse con la humanidad en forma tan nueva, tan

íntima, que se puede hablar de esponsales entre él y la Iglesia (cfr. Ef. 5. 25 ssq.). Muchas veces Jesús se presentó con la imagen de un esposo. Él llama a sus discípulos los amigos del esposo, habla de las almas fieles como de vírgenes que van al encuentro del esposo; finalmente, Juan llama a la Iglesia la esposa del Cordero (Apocalipsis) y Pablo llega a decir que el matrimonio de los cristianos es un gran misterio, una realidad bella y profunda, justamente porque tiene como modelo la relación de esponsales que existe entre Cristo y su Iglesia (Ef. 5, 32 sq.).

Sería necesario detenerse en la mitad de la página del Evangelio para permanecer en este clima tan radiante y optimista. Pero la visión exaltadora que se ve en la misma mesa de Dios, como sus comensales y amigos del esposo, tiene una nube que la oscurece: el rechazo de los invitados. En la parábola, el rechazo de aquellos invitados de la primera hora aludía al rechazo que el pueblo hebreo había opuesto a Jesús y a su mensaje. Ellos, que eran los primeros, se volvieron los últimos; otros, los paganos, tomarán su lugar. El domingo pasado hemos escuchado, como conclusión de la parábola de los viñadores, que estos invitados de refuerzo somos nosotros, herederos del mundo pagano. Somos aquella segunda oleada de invitados, buscada en las bifurcaciones de los caminos, hecha de buenos y de malos (Lucas dice: ciegos, deformes, cojos).

¿Qué será de nosotros? ¿Estamos al resguardo de todo rechazo? ¿Estamos de veras seguros de no alejarnos más del Reino, de no ser echados de la fiesta hacia las tinieblas de afuera? También para nosotros la parábola contiene, en un pequeño rincón, una gran advertencia. Entre los nuevos invitados había uno que no estaba vestido para una boda; es decir, alguien que se encontraba allí por azar, cuyo corazón y cuyos pensamientos estaban en otra parte: un oportunista, diríamos hoy, o también, un parásito. Los otros comensales no están capacitados para individualizarlo; son engañados; lo creen uno de ellos. No pasa lo mismo con el anfitrión: su mirada, apenas entra en la sala, está sobre él: Amigo, ¿cómo has entrado aquí?

Amigo, ¿cómo has entrado aquí? Fuera de la parábola, esta pregunta es dirigida a cada uno de nosotros, que nos encontramos ahora en la gran sala nupcial que es la Iglesia, para el banquete que es la Eucaristía. Nos obliga a volver a entrar en nosotros mismos y a preguntarnos si también nosotros no estamos aquí sin la vestimenta apropiada, si no estamos por azar, por hábito, sin tomar parte y tener interés por lo que se desarrolla; si no estamos también nosotros con el corazón ausente y la mente perdida en el propio terreno y los propios asuntos.

Decía san Pablo a los primeros cristianos: que cada uno se examine atentamente a sí mismo antes de comer de este pan (1 Cor 11, 28).

Lo que se cuestiona no es, evidentemente, sólo nuestro estar aquí –por qué hemos venido a Misa–, sino que es también, en forma más radical, nuestro estar en la Iglesia, nuestro ser cristianos. Quizás haya llegado la hora, una vez más, en que, aquellos que adoran a Dios lo deban adorar en espíritu y en verdad, como le decía Jesús a la samaritana (Jn 4,23), es decir, interiormente y con hechos, no por costumbre o con palabras. El momento de volver consciente y querido lo que se cumplió en nuestro bautismo. Tal vez esto era lo que deseaba decir el Señor con la imagen de la vestimenta. Estar vestidos con hábitos nupciales podría significar revestirse con obras evangélicas, con aquel manto de buena voluntad y caridad que cubra la desnudez de nuestra naturaleza.

Dios tiene necesidad de tales adoradores: es decir, de aquellos que adoran con hechos y no sólo con palabras, de aquellos que escuchan la palabra de Dios y la llevan a la práctica todos los días.

¿Pertenece a esta categoría? En todo caso, la palabra de Dios nos invita a integrarla. Nos dice que podemos hacerla. Cristianos verdaderos, convencidos, felices de serlo: en suma, cristianos

en espíritu y verdad. ¿Nosotros solos, sin ayuda? No; pero el Señor es mi pastor, hemos cantado en el salmo responsorial, por eso no nos falta nada; los medios están a nuestra disposición.

A él, buen pastor y esposo de la parábola, estamos por acercarnos en forma distinta. Por medio de su cuerpo eucarístico, pedimos que nos otorgue también su Espíritu y la fuerza de su resurrección.

---

**BIBLIOTECA ALMUDÍ ([www.almudi.org](http://www.almudi.org))**

*Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II*

**Homilía en la parroquia de Santo Tomás de Villanueva de Catelgandolfo (11-X-1981)**

**– Buscar la riqueza de Dios**

La liturgia de hoy, con las palabras del Salmo 23, habla del Señor que es el Pastor de su pueblo, Pastor de cada una de las almas: realmente el Buen Pastor.

Él es quien garantiza a su grey, que somos nosotros, la abundancia y la seguridad de los pastos de su gracia. Por esto, el Señor es la fuente de nuestra alegría: “Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque Tú vas conmigo” (Sal 23,4). Bajo su guía estamos tranquilos y avanzamos decididamente por el camino de nuestra vida y de nuestras responsabilidades.

San Pablo en la Carta a los Filipenses traduce, en cierto sentido, el texto del antiguo Salmo a la lengua del Nuevo Testamento, cuando escribe: “En pago, mi Dios proveerá a todas vuestras necesidades con magnificencia, conforme a su riqueza en Cristo Jesús” (Fil 4,19).

¡Os exhorto a vivir la misma fe del Apóstol! ¡Busquemos esta riqueza que Dios ofrece a los hombres en Jesucristo! Sepamos repetir con el Apóstol: “Todo lo puedo en aquel que me conforta” (Fil 4,13)

Por desgracia, hoy, muchos hombres no parecen tener el sentido de las riquezas espirituales que se derivan de la comunión con el Señor. Muchos son reducidos por una actitud materialista y laicista que no quiere darse cuenta de esta dimensión superior del hombre. Es necesario estar en guardia ante esta perspectiva secularizante. Por esto es necesario una conversión continua de la mente y del corazón. Sólo así las riquezas de Dios ofrecidas a los hombres en Cristo, se revelan cada vez más plenamente a la mirada de nuestras almas.

**– Fe y obras**

Deseo a cada uno de vosotros y a todos que, ante la invitación al “banquete de la boda de su hijo”, no os comportéis como hemos escuchado en el Evangelio.

Efectivamente, los primeros invitados no quisieron ir (Mt 22,3); después otros no hicieron caso (Ib., 22,5); otros hasta insultaron o mataron a los criados que llevaban la invitación (Ib., 22,6). Todos ellos “no se lo merecían” probablemente porque con inaudita presunción y autosuficiencia juzgaron el banquete inútil o, al menos, inferior a las propias exigencias y pretensiones. En efecto, fueron los pobres quienes aceptaron la invitación, aquellos que estaban parados “en los cruces de los caminos... buenos y malos” (Ib., 22,9-10) esto es aquellos que en su humildad conocieron la riqueza inmerecida del don de Dios, y lo aceptaron con sencillez. Es preciso que nosotros seamos conscientes de la invitación que se nos hace a una comunión transformante con el Señor, invitación que se nos hace por la Palabra de Dios y la predicación de la Iglesia; y además que sepamos acogerla con todo el corazón, con plena disponibilidad, en la certeza de que el Señor sólo quiere nuestra

salvación. Finalmente como sugiere la alegoría del traje nupcial con la que se concluye la parábola, también estamos llamados a presentarnos al Señor llevando un traje adecuado; consiste en las buenas obras que deben acompañar nuestra fe como nos advierte el mismo Jesús: “Si vuestra justicia (esto es, vuestra vida real) no supera a la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos” (Ib., 5,20). Pero si esto se realiza, entonces la fiesta es plena e intensa.

\*\*\*

### ***Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva***

Con la expresiva imagen de un gran banquete de “manjares suculentos, un festín de vinos de solera”, la Iglesia nos recuerda que la llamada del Señor a seguirle de cerca da una cumplida respuesta a los anhelos más genuinos del corazón humano: “aniquilará la muerte para siempre. El Señor enjugará las lágrimas de todos los ojos” (1ª Lect).

La imagen del banquete de bodas alude a la intimidad que Dios desea establecer con cada uno de nosotros en este mundo y que tendrá su culminación en el Cielo. “He aquí que estoy a la puerta y llamo: si alguno escucha mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él, y él conmigo” (Ap 3,20). Dios nos llama: “Tengo preparado el banquete, he matado terneros y reses cebadas y todo está a punto. Venid a la boda”. Dios nos llama. Esta Celebración Eucarística es otro intento más del Señor, porque este Banquete Dominical es un anticipo del Eterno, el Cielo comienza ya aquí en la tierra. ***Hemos sido establecidos en la Tierra para entrar en comunión con Dios mismo*** (San Josemaría Escrivá).

¡No puedo, estoy muy ocupado! ¡No tengo tiempo, imposible! ¡Lo siento! Los jóvenes no tienen tiempo porque están labrándose el porvenir: los exámenes, las oposiciones, la novia, el novio... Más tarde, cuando son padres o madres de familia, han de ocuparse del futuro del hogar y, naturalmente, no tienen tiempo. Todos nos vemos asediados por esta tentación: dispensarnos de acudir a la llamada divina llevando una vida de oración y frecuencia de Sacramentos, de servicio generoso a los demás, de formación doctrinal y de lucha contra nuestros instintos, por estar absorbidos por el trabajo de cada día.

“El rey montó en cólera”. La irritación divina nos invita a este sencillo y grave razonamiento: las excusas son buenas, los modales corteses aunque también hay malos tratos a los enviados de Dios, pero existe un desorden: lo principal, la vida eterna con Dios, ha sido suplantado por lo secundario: los intereses terrenos.

Con el autor de *Camino*, habría que concluir: veo que tienes razones –y razones poderosas–, pero no tienes razón. (Cfr n. 993).

Cada uno debería examinarse para ver si su felicidad para siempre no la está descuidando por perseguir febrilmente metas como el dinero, el placer, el brillo social, el poder. Deberíamos aprender a realizar esa síntesis de todas nuestras obligaciones que el mismo Jesús nos sugiere con aquellas palabras: buscad primero el Reino de Dios, que lo demás vendrá por añadidura (Cfr Lc 12,31). “Ayúdanos, Señor, a dejarnos de malas y vanas excusas e ir a esa cena... Que no sea la soberbia impedimento para ir al festín, alzándonos con jactancia, ni nos apegue a la tierra una curiosidad mala, distanciándonos de Dios, ni nos estorbe la sensualidad las delicias del corazón. Haz que acudamos... ¿Quiénes vinieron a la cena, sino los mendigos, los enfermos, los cojos, los ciegos? Vendremos como pobres, pues nos invita quien, siendo rico, se hizo pobre por nosotros, a fin de enriquecer con su pobreza a los pobres. Vendremos como enfermos, porque no han de menester médico los sanos sino los que andan mal de salud. Vendremos como lisiados y te diremos: *Endereza*

*mis pasos conforme a tu palabra* (S. 118,113). Vendremos como ciegos y te pediremos: *Ilumina mis ojos para que jamás duerma en la muerte* (S. 12,4)” (S. Agustín, *Serm.* 112).

Tomémonos en serio la invitación de Dios. Todo está preparado. Se trata de una fiesta que no puede compararse, por su magnificencia, a cualquier alegría de este mundo. ¡También yo estoy invitado! ¡Yo!, que tengo a veces la sensación de no ser más que un número en el registro civil o en el listín telefónico. Abandonemos esa idolatría del trabajo que no encuentra tiempo para Dios, que desoye las continuas llamadas del Padre del Cielo. Dios es demasiado grande para que le demos sólo una parte de nuestro corazón, de nuestro tiempo, de nuestro esfuerzo. Él, que es nuestro Pastor, “nos hará recostar en verdes praderas, y, como sigue rezando el Salmo nada nos faltará.

\*\*\*

### ***Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica***

#### **«Después del juicio, la felicidad del Reino»**

#### **I. LA PALABRA DE DIOS**

Is 25,6-10: «El Señor preparará un festín y enjugará las lágrimas de todos los rostros»

Sal 22,1-3a.3b-4.5.6: «Habitare en la casa del Señor, por años sin término»

Flp 4,12-14.19s.: «Todo lo puedo en aquel que me conforta»

Mt 22,1-14: «A todos los que encontréis convidadlos a la boda»

#### **II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO**

En la literatura bíblica se compara el Reino con el banquete de bodas de Dios con la humanidad (1ª Lect.). Es el banquete de la felicidad de Dios y del hombre. Este comparte la felicidad de Dios.

Además, la parábola destaca con fuerza otros rasgos del banquete de bodas del Reino: 1. Todos están invitados gratuitamente, «malos y buenos». 2. Pero los primeros invitados no aceptan y son descorteses y aun crueles con los enviados de Dios (cf Domingo anterior). 3. Para sentarse a la mesa del banquete se requiere el vestido de boda. 4. Son más los llamados que los escogidos. 5. Acaba por ser secundario el banquete y destacar el anfitrión.

#### **III. SITUACIÓN HUMANA**

De entre las experiencias más valiosas y apreciadas por todos nosotros destaca la realidad del encuentro festivo, de la reunión amistosa que conforta el ánimo. Hemos sido invitados a la casa y mesa del Señor.

A todo hombre se le plantea de una u otra forma el interrogante de su destino posmortal. Jesús elude la respuesta sobre el número de los salvados (cf Lc 13,23). Algunos intentan desvelar inútilmente el interrogante.

#### **IV. LA FE DE LA IGLESIA**

##### **La fe**

– “El cielo es el fin último y la realización de las aspiraciones más profundas del hombre... Este misterio de comunión bienaventurada con Dios y con todos los que están en Cristo sobrepasa toda comprensión y toda representación. La Escritura nos habla de ella en imágenes: vida, luz, paz, banquete de bodas... «Lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó...» (1024. 1027; cf 1023-1029).



– Pero antes, preparamos el vestido nupcial o provocamos la pregunta: «Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin vestido de fiesta?»: «Frente a Cristo, que es la Verdad, será puesta al desnudo definitivamente la verdad de la relación de cada hombre con Dios...» (1039).

– Sobre el juicio particular y universal: 1021s. 1038-1041.

### La respuesta

– La esperanza de los «cielos nuevos y tierra nueva»... «porque el mundo viejo ha pasado...» (cf 1043s).

– «De esta gran esperanza, la de los cielos nuevos y la tierra nueva... no tenemos prenda más segura... que la Eucaristía...» (1405).

– Para un mayor desarrollo de los cielos nuevos y de la nueva tierra: 1042-1050.

– A su vez, «el mensaje del juicio final llama a la conversión... inspira el santo temor de Dios. Compromete para la justicia del Reino de Dios...» (1041).

### El testimonio cristiano

– «Espera, espera, que no sabes cuándo vendrá el día ni la hora. Vela con cuidado, que todo se pasa con brevedad, aunque tu deseo hace lo cierto dudoso, y el tiempo breve largo. Mira que cuanto más peleares, más mostrarás el amor que tienes a tu Dios... (S. Teresa de Jesús)» (1821).

La parábola nos propone: compartir la felicidad de Dios, el banquete de bodas del Hijo con la humanidad, después de recibir el juicio que nosotros mismos hemos «instruido» durante la vida. La felicidad del Reino suscita una viva esperanza y el juicio la responsabilidad personal, apoyada en la confianza en Dios.

---

## HABLAR CON DIOS ([www.hablarcondios.org](http://www.hablarcondios.org))

### Los invitados al banquete.

– **Nos espera el Cielo. Correspondencia a la llamada del Señor. Ayudar a otros a que no rehúsen la invitación.**

I. La liturgia de este domingo presenta la salvación como un banquete real, símbolo de todos los bienes, al que Dios nos invita. *Preparará el Señor de los ejércitos para todos los pueblos, en este monte, un festín de manjares suculentos... Y arrancará en este monte el velo que cubre a todos los pueblos... Aniquilará la muerte para siempre. El Señor Dios enjugará las lágrimas de todas las gentes...*<sup>17</sup>. Desde antiguo, y mediante símbolos fácilmente comprensibles, los Profetas habían anunciado el Cielo como destino definitivo de la humanidad. El mismo Dios nos habría de conducir hasta ese *monte santo*. Así lo expresa el *Salmo responsorial: El Señor es mi pastor... me conduce hacia fuentes tranquilas. Me guía por el sendero justo... Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo: tu vara y tu cayado me sosiegan... Tu bondad y tu misericordia me acompañan todos los días de mi vida, y habitaré en la casa del Señor, por años sin término*<sup>18</sup>.

Jesús es nuestro Pastor y de mil maneras nos invita a seguirle, pero no quiere obligarnos a ir contra nuestra voluntad. Y aquí está el misterio del mal: los hombres podemos rehusar este ofrecimiento. El Evangelio de la Misa nos habla de este rechazo. *El Reino de los cielos se parece a*

---

<sup>17</sup> Primera lectura. *Is 25*, 6-10.

<sup>18</sup> Salmo responsorial. *Sal 22*, 1-6.

*un rey que celebraba las bodas de su hijo.* Y, según la costumbre, el rey envió a sus siervos para recordar a los invitados que ya estaba todo preparado y que se les esperaba. Ante la sorpresa del rey, los convidados no quisieron ir. Y el Señor, queriendo expresar la solicitud de Dios con sus hijos, relata en la parábola que el soberano volvió a enviar de nuevo a sus servidores: *Nuevamente envió a otros criados ordenándoles: Decid a los invitados: mirad que tengo ya preparado mi banquete...* La bondad de Dios se expresa en esta divina insistencia y en la exuberancia de los bienes: *he matado terneros y reses cebadas y todo está a punto.* A pesar de todo, *los convidados no hicieron caso; uno se marchó a sus tierras, otros a sus negocios, los demás les echaron mano a los criados y los maltrataron hasta matarlos.* En otras parábolas (la de los viñadores, por ejemplo) se exigía algo debido, el fruto de lo que se había dejado para administrarlo; aquí, en cambio, nada se exige, se ofrece todo. ¡Y es rechazado! El Señor ofrece bienes inimaginables, y los hombres en muchas ocasiones no los valoramos. Con mucha pena debió Jesús relatar esta parábola. Es la repulsa al amor de Dios a través de los siglos.

Los convidados pueden estar representados hoy, entre otros, por esos hombres que, sumergidos en sus asuntos y negocios terrenos, parecen no necesitar para nada de Dios. Y cuando son avisados de que el Cielo les espera, reaccionan con violencia, como en la parábola. A pesar de todo, tenemos la obligación santa de acercarnos a los que nos rodean, *de sacudirles de su modorra, de abrir horizontes diferentes y amplios a su existencia aburguesada y egoísta, de complicarles santamente la vida, de hacer que se olviden de sí mismos y que comprendan los problemas de los demás.*

*Si no, no eres buen hermano de tus hermanos los hombres, que están necesitados de ese gaudium cum pace –de esta alegría y esta paz, que quizá no conocen o han olvidado*<sup>19</sup>. Muchos responderán y llegarán a tiempo al banquete.

**– Llamada a participar de la intimidad divina. No existen excusas razonables para no asistir a la Cena el Rey.**

**II.** La imagen del banquete es considerada en otros lugares de la Sagrada Escritura como símbolo de intimidad y de salvación. *He aquí que estoy a la puerta y llamo: si alguno escucha mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él, y él conmigo*<sup>20</sup>. Y se repite una y otra vez la solicitud de Dios, el afán divino por una intimidad mayor, que tendrá su culminación en el encuentro definitivo con Él en el Cielo, dentro de un tiempo, quizá no muy largo. *¡Ábreme, hermana mía, amada mía...! Que está mi cabeza cubierta de rocío y mis cabellos de escarcha de la noche*<sup>21</sup>, dice Dios al alma de tantas maneras. ¿Cómo es nuestra correspondencia a las mil llamadas que nos hace llegar el Señor? ¿Cómo es nuestra oración, que nos adentra en la intimidad con Dios, pues el Cielo comienza ya aquí en la tierra? ¿Nos excusamos fácilmente ante un compromiso de un mayor amor, de una más honda correspondencia? ¿Nos sentimos responsables de que llegue a muchos la invitación divina? ¿Nos interesa y preocupa la salvación de todos aquellos que conocemos?

Es muy grave rechazar la invitación divina, vivir como si Dios no fuera importante y el encuentro definitivo con Él estuviera tan lejano que no mereciera la pena prepararse para él. Ante la salvación, bien absoluto, no hay ninguna excusa que sea razonable: ni campos, ni negocios, ni salud, ni bienestar... Hoy los pretextos que algunos aducen para no acudir a las amables invitaciones del Señor son iguales a los que leemos en la parábola: sus preocupaciones terrenas, como si lo de aquí

---

<sup>19</sup> SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Forja*, n. 900.

<sup>20</sup> *Apoc* 3, 20.

<sup>21</sup> *Cant* 5, 2.

abajo fuera lo definitivo; otros varían, “pero el hecho sigue siendo el mismo: no aceptan la salvación de Dios y se excluyen voluntariamente por preferir otra cosa. Se quedan con lo que eligen, pierden lo que rechazan”<sup>22</sup>. ¡Qué pena tan grande nos debe producir el comprobar cómo muchos –por unas razones u otras– parecen rechazar la intimidad con Dios y ponen en peligro su salvación eterna!

Pero el Señor quiere que se llene su casa, su actitud es siempre salvadora: *Id, pues, a los cruces de los caminos y llamad a las bodas a todos los que encontréis. Los criados, saliendo a los caminos, reunieron a todos los que encontraron, malos y buenos. Nadie queda excluido de la intimidad divina. Sólo aquel que se aparta a sí mismo, que resiste la amable invitación del Señor, repetida una y otra vez.*

“Ayúdanos, Señor –exclamaba San Agustín–, a dejarnos de malas y vanas excusas y a ir a esa cena... No sea la soberbia impedimento para ir al festín, alzándonos con jactancia, ni nos apegue a la tierra una curiosidad mala, distanciándonos de Dios, ni nos estorbe la sensualidad las delicias del corazón. Haz que acudamos... ¿Quiénes vinieron a la cena, sino los mendigos, los enfermos, los cojos, los ciegos? (...). Vendremos como pobres, pues nos invita quien, siendo rico, se hizo pobre por nosotros, a fin de enriquecer con su pobreza a los pobres. Vendremos como enfermos, porque no han menester médico los sanos sino los que andan mal de salud. Vendremos como lisiados y te diremos: *Endereza mis pasos conforme a tu palabra* (Sal 118, 113). Vendremos como ciegos y te pediremos: *Ilumina mis ojos para que jamás duerma en la muerte* (Sal 12, 4)”<sup>23</sup>.

**– Voluntad salvadora de Cristo. Nuestro afán apostólico se ha dirigir a todas las almas.**

**III.** *Id, pues, a los cruces de los caminos y llamad a las bodas...* Son palabras dirigidas a nosotros, a todos los cristianos, pues la voluntad salvadora de Dios es universal<sup>24</sup>: abarca a todos los hombres de todas las épocas. Cristo, en su Amor por los hombres, busca la conversión de cada alma con infinita paciencia, hasta el extremo de morir en la Cruz. Cada hombre puede decir de Jesús: *me amó y se entregó a Sí mismo por mí*<sup>25</sup>. De esta actitud salvadora del Maestro participamos quienes queremos ser sus discípulos. *Los criados, saliendo a los caminos, reunieron a todos los que encontraron...* Como a Jesús, nos ha de interesar la salvación de todas almas. El portero que nos indica la puerta del ascensor, el médico que nos acaba de extender una receta, la señora que sube al autobús en la parada siguiente a la nuestra, los niños que salen del colegio, el profesor que anuncia el día del examen... todos son objeto del desvelo divino y, por eso mismo, parte importante de nuestro afán apostólico. ***Fíjate bien: hay muchos hombres y mujeres en el mundo, y ni a uno solo de ellos deja de llamar el Maestro.***

***Les llama a una vida cristiana, a una vida de santidad, a una vida de elección, a una vida eterna***<sup>26</sup>.

Nos urge a los cristianos llevar a las almas, una a una, hasta el Señor. La misma solicitud con que Cristo nos anima, nos conforta, hemos de tener nosotros con quienes tratamos todos los días, siguiendo el consejo: “lleva a todos sobre ti, como a ti te lleva el Señor”<sup>27</sup>. Hemos de abrir nuevos horizontes a su existencia, a veces encerrada en unas aspiraciones solamente terrenas, cortas; descubrirles la necesidad de tratar cada día a Dios con confianza; animarles a ofrecer sus trabajos;

---

<sup>22</sup> F. SUAREZ, *Después*, Rialp, Madrid 1978, p. 172.

<sup>23</sup> SAN AGUSTIN, *Sermón* 112, 8.

<sup>24</sup> Cfr. 1 *Tim* 2, 4.

<sup>25</sup> *Gal* 2, 20.

<sup>26</sup> SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *o. c.*, n. 13.

<sup>27</sup> SAN IGNACIO DE ANTIOQUIA, *Epístola a Policarpo*, 1, 2.

ayudarles a que encuentren la raíz de muchas de sus vacilaciones, del vacío interior que a veces experimentan... Nadie puede pasar a nuestro lado sin que nuestras palabras y nuestras obras le hayan hablado de Dios. El pensamiento de su salvación eterna y de su felicidad temporal, que no alcanzarán fuera de Dios, nos empujará a buscar la ocasión oportuna o a crearla para que, con paciencia, les llegue la llamada del Señor. Tiene que dolernos su ignorancia religiosa, su visión pobre y terrena de las cosas.

Nuestra Madre Santa María nos enseñará tratar a cada persona con el interés y el aprecio con que la mira su Hijo.

---

**Fr. Joseph A. PELLEGRINO (Florida, USA) ([www.evangelii.net](http://www.evangelii.net))**

**«Id a los cruces de los caminos y, a cuantos encontréis, invítadlos a la boda»**

Hoy, Jesús nos muestra al rey (el Padre), invitando —por medio de sus “siervos” (los profetas), al banquete de la alianza de su Hijo con la humanidad (la salvación). Primero lo hizo con Israel, «pero no quisieron venir» (Mt 22,3). Ante la negativa, no deja el Padre de insistir: «Mirad mi banquete está preparado, (...) y todo está a punto; venid a la boda» (v. 4). Pero ese desaire, de escarnio y muerte de los siervos, suscita el envío de tropas, la muerte de aquellos homicidas y la quema de “su” ciudad (cf. Mt 22,6-7): Jerusalén.

Así es que, por otros “siervos” (apóstoles) —enviados a ir por «los cruces de los caminos» (Mt 22,9): «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas...», dirá más tarde el Señor Jesús en Mt 28,19— fuimos invitados nosotros, el resto de la humanidad, es decir, «todos los que encontraron, malos y buenos, y la sala de bodas se llenó de comensales» (Mt 22,10): la Iglesia. Aun así, la cuestión, no es sólo estar en la sala de bodas por la invitación, sino que, tiene que ver también y mucho, con la dignidad con la que se está («traje de boda», cf. v. 12). San Jerónimo comentó al respecto: «Los vestidos de fiesta son los preceptos del Señor y las obras cumplidas según la Ley y el Evangelio que son las vestiduras del hombre nuevo». Es decir, las obras de la caridad con las que se debe acompañar a la fe.

Conocemos que Madre Teresa, todas las noches, salía a las calles de Calcuta a recoger moribundos para darles, con amor, un buen morir: limpios, bien arropados y, si era posible, bautizados. Cierta vez comentó: «No tengo miedo de morir, porque cuando esté delante del Padre, habrá tantos pobres que le entregué con el traje de bodas que sabrán defenderme». ¡Bienaventurada ella! —Aprendamos la lección nosotros.

---